

EL MUNDO PINTORESCO,

ILUSTRACION ESPAÑOLA.

ESTE PERIÓDICO REGALA Á SUS SUSCRITORES DE AÑO EL IMPORTE DE LA SUSCRICION EN MAGNÍFICAS LAMINAS Y RETRATOS.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID..... Un mes, 8 rs.—Tres meses, 20.—Seis meses, 40.—Un año 80.
EN PROVINCIAS..... Un mes (franco de porte) 10 rs.—Tres meses, 24.—Seis meses, 48.—Un año, 96.
EN EL ESTRANJERO: Un año 120.—EN ULTRAMAR: Un año, 160.

AÑO 3.º

N.º 37.—9 Setiembre 1860.

Este periódico sale todos los domingos.
Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Arco de Santa María, n. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo.
Un número suelto, 3 rs. vn.

SUMARIO.

Estudios de viaje: el Vaticano, por don E. Moreno Cebada.—Don Tirso Obregon.—¡Bendita sea!! (poesía), por don J. A. Loren y La Hoz.—Pascual Bruno, por A. Dumas (continuacion).—Biografía, por don Joaquín María de Tejada.—Historia de tres casamientos, por don A. A. de Sotomayor (artículo tercero: conclusion).—Lo negro de tus ojos (poesía), por don A. L. Sabando.—Margarita, por F.—Las hadas y sus hechizos: cuentos alemanes por Hans Christian Andersen (cuento sexto).—Epigrama, por don J. García de la Foz.

LÁMINAS. Retrato de don Tirso Obregon.—La nueva bolsa, en Londres.—Iglesia de la Magdalena, en París.—Glorias de Garibaldi.

ESTUDIOS DE VIAJE.

EL VATICANO.

Nada es mas comun entre los modernos filósofos que acusar al cristianismo de enemigo del progreso y de las luces, y nada es mas fácil de probar que la civilizacion ha caminado siempre en pos del Evangelio. Aunque Chateaubriand no lo hiciese conocer con las mas incontestables razones en su inmortal obra *El Genio del Cristianismo*, bastarianos echar una ojeada retrospectiva al estado de las sociedades antes de que fuesen iluminadas por tan brillante y refulgente luz, para quedar convencidos de la verdad que acabamos de sentar. La mala fé ó la ignorancia son las únicas que pueden guiar á aquellos que sin exámen de ninguna clase se atreven á afirmar que el cristianismo sea una barrera para la civilizacion y el progreso de las artes.

En nuestro artículo anterior (1), hemos admirado el suntuoso y magnífico templo de San Pedro de Roma, una de las mas preciosas joyas de las artes que revelan la altura á que ellas se hallaban en la edad media. Hoy vamos á penetrar en los vastos salones del Palacio Vaticano, residencia de invierno de los Sumos Pontífices, y veremos que allí todo ostenta el sello del verdadero progreso. Ante los hermosos frescos de Rafael, ante las creaciones del genio de Miguel Angel, se estasiaron el Tasso, Ariosto, Milton, el citado Chateaubriand, y otros mil curiosos viajeros, que desearon de estudiar tantas bellezas dirigieron sus pasos á la ciudad de los papas, á la ciudad de los grandes recuerdos, á la soberbia capital del mundo cristiano. ¿Quién alentó ofreciendo grandes premios á los célebres artistas que en aquellas obras maestras del genio, inmortalizaron sus nombres?

Los papas que lograron hacer de la reina de las naciones, la reina de las artes: los gefes del cristianismo, de ese cristianismo que desterrando errores, sembró la civilizacion por todas partes. Ya tuvimos ocasion de contemplar al pontífice Sixto V, llevando á cabo la obra á todas luces admirable de la gran cúpula de San Pedro, que con razon es contada entre las maravillas del mundo. Pues bien, antes que este Pontífice, habian ocupado la silla de San Pedro Julio II, y tras este Leon X, á quienes nadie podrá disputarles su extraordinario amor á las artes, y su celo porque se llevasen á cabo las obras mas gigantescas que supieron premiar generosamente.

Tal vez, algunos de nuestros lectores habrán visitado la capilla Sixtina, que es ciertamente la perla de mas valor en

cuando el Señor le llamase á mejor vida. Doscientos mil escudos fué la recompensa ofrecida por el Pontífice al jóven é inspirado artista si concluía la obra segun los deseos del que se la mandaba ejecutar, y de modo que fuese una verdad el grandioso plano que habia presentado á la soberana aprobacion. Esta obra, primera que en Roma ejecutara Miguel Angel, está adornada de muchos emblemas históricos, y de cuatro estatuas colosales que representan la vida activa, la vida contemplativa, San Pablo y Moisés. Concluida esta obra, Miguel Angel recibió la órden de pintar al fresco la capilla Sixtina. Durante los trabajos no permitió el artista que nadie penetrase en la capilla, y sus puertas solo se abrian para Julio, único á quien no se podia impedir la entrada, y en solo veinte meses dejó concluida la obra, que no



DON TIRSO OBREGON.

el Palacio Vaticano: en este caso habrán contemplado con admiracion los frescos que adornan sus paredes, y los que hermocean su techo: en el centro de este se vé la magestuosa figura del Padre Eterno, en el acto de sacar al mundo de la nada: en todas partes se vé el Dios Omnipotente, ejerciendo actos de supremo poder y dominacion: aquí separa la luz de las tinieblas; allí crea la tierra, poblándola de animales de toda especie: en esta parte lanza á los espacios los astros que respectivamente han de presidir el día y la noche: en la otra forma al hombre á su imagen y semejanza, y durante el sueño de Adan se le vé en otro cuadro sacando de su costado á la muger. Bellezas tantas, obras son de Miguel Angel que habia nacido en Florencia, justamente cuando al influjo y al poder de los Pontífices romanos debian renacer las artes en Roma.

Muy al principio del siglo XVI, en 1503, subió á ocupar el trono Pontificio, vacante por el fallecimiento de Pio III, á quien sorprendió la muerte á los veinte y ocho días de reinado, el cardenal Julian Ruveno, que tomó el nombre de Julio II. Nadie hubiera creído que siendo ya sexagenario, hubiera pensado en dar impulso á las artes, y sin embargo, nada mas cierto. Este venerable anciano, destinado por el dedo de la Providencia para hacer olvidar con su santidad de vida y su rectitud, los censurables actos de Alejandro VI, no fijó tan solamente su atencion en los asuntos espirituales, sino que extendió sus cuidados á recobrar el patrimonio de la iglesia, y á hacer florecer las artes. La fama de Miguel Angel, tan aventajado en la pintura como en la escultura, que habia corrido con rapidez cuando contaba tan solamente poco mas de veinte años de edad, llegó á noticia de Julio II, el cual le llamó á Roma, encomendándole la obra de un suntuoso mausoleo, destinado á recibir sus cenizas

(1) Véase el número 33.

obstante haber trascurrido mas de tres siglos se conserva perfectamente, llamando cada día la atención de los muchos viajeros que la contemplan.

A *Rafael*, ese otro genio que por el mismo tiempo había producido la hermosa Italia, son debidas otras de las muchas pinturas que adornan el Vaticano. Su primera obra es la que representa al Santísimo Sacramento, cuadro que si bien frío y sin piedad como le califican todos los inteligentes, está adornado de figuras admirables. San Leon deteniendo á Atila es otro de sus mejores cuadros. Heliodoro sufriendo azotes; la hermosa vista de Frascati, que se vé en un ángulo de la galería: la batalla de Constantino en la entrada de las habitaciones Pontificias, y otras mil pinturas que sería difícil enumerar, hechas unas en tiempo del citado papa Julio, y otras en los días de su sucesor Leon X, tan amante de las artes como de las letras, sin las cuales, decia, no había placeres morales en la vida, ni consuelo en la adversidad, ni honor en la prosperidad y en la fortuna (1).

Es digna de admiración la sala Clementina, llamada así por haber sido Clemente VIII el que la hizo adornar con la suntuosidad que está en el día. La pintura al fresco que la adorna representa el martirio de San Clemente papa. El salon régio ostenta en sus paredes pinturas de Urbino y de otros célebres pintores. A su frente se halla el trono Pontificio, cubierto por colgaduras de seda blanca con flecos y borlas de oro.

Ya que tan rápida tiene precisamente que ser nuestra visita, pasemos á la Biblioteca, que se compone de varios salones. En el primero de ellos se vén los retratos de las eminencias que han desempeñado el cargo de bibliotecarios. Son innumerables los volúmenes que componen esta librería, conservándose en ella con el mayor cuidado los manuscritos de las obras de algunos padres griegos y latinos, y los de otros muchos escritores, así sagrados como profanos. Sobre la estantería donde se custodian los libros, se hallan pintados al fresco varios de los famosos concilios que se han celebrado en la Iglesia Católica, y tambien los retratos de todos los que han tenido alguna parte en la invención del arte de escribir. Entre otros magníficos objetos que adornan los salones de esta Biblioteca, vimos dos grandes candilabros y una pila, todo de alabastro, que nos dijeron fué donación de Napoleon I.

Desde la Biblioteca pasamos al Museo, donde son tantas las preciosidades que se encierran, que sería necesario repetir diariamente y por espacio de muchas semanas las visitas para hacerse cargo de tan gran número de bellezas: en tanto grado es esto así, que el catálogo que pusieron en nuestras manos formaba un volumen abultadísimo, sin anunciar otra cosa que el asunto de cada escultura ó pintura y el nombre de su autor. Soberbias estatuas, leones en diferentes posiciones, magníficos baños de alabastro, carros de triunfo, columnas tambien de alabastro, contrastan admirablemente con bellas pinturas, y entre ellas las que representan los principales pasajes de las historias de los pontífices Pio VI y VII. Tambien se hallan de manifiesto en este Museo varios de los instrumentos de que se servían los tiranos en tiempo de las grandes persecuciones de la Iglesia para martirizar á los cristianos: uñas y garfios de hierro para desgarrar las carnes, tenazas, martillos, esposas y otros objetos semejantes, como asimismo lámparas, anillos episcopales, cruces y cálices antiguos estraidos de las catacumbas.

Los jardines de este vasto edificio no dejan tambien de sorprender, mas que todo por las numerosas fuentes y bonitos juegos de agua que arrebatan la atención del viajero. En un espacioso estanque se ve una linda y bien acabada embarcación de bronce, que despide á gran distancia agua por las bocas de sus numerosos cañones. Tiene este edificio, uno de los mayores que se conocen en el mundo, 25 patios y 42,522 habitaciones ó estancias. Por consiguiente, y como puede comprenderse á primera vista, esta sucinta relación que tenemos que amoldar á los estrechos límites de un artículo, no es otra cosa que un débil reflejo de una luz clara y refulgente.

Ofrecimos en nuestro anterior artículo dar cuenta del acto solemnísimo de la bendición papal dada en el balcón que se halla sobre la puerta principal del templo de San Pedro en el Vaticano, y vamos, en cumplimiento de nuestra oferta, á decir cuatro palabras sobre esto. La bendición pontificia en el balcón ó *Loggia* vaticana, tiene lugar en las grandes solemnidades que se celebran en aquel venerable y augusto santuario, tales como el día de Pascua de Natividad, el de la fiesta de los santos apóstoles Pedro y Pablo y alguna otra. Luego que el Sumo Pontífice ha concluido la celebración del santo sacrificio, se coloca en la silla gestatoria para ser conducido al balcón, desde el cual ha de dar la bendición *urbis et orbis*. La fachada del templo se halla magnífica y suntuosamente adornada, y un pueblo inmenso de naturales y extranjeros espera con impaciencia el momento en que el Vicario de Jesucristo ha de darle la bendición, presagio de celestiales dones. Este acto solemne debe verificarse en punto del medio día. Cuando nosotros tuvimos la gloria de presenciarlo, ocupaba ya la silla de San Pedro el actual sumo pontífice Pio IX. Poco antes de las doce fueron apareciendo á ambos lados del grandioso balcón los capitanes de la guardia noble del Pontífice, los obispos, los asistentes al sacro sòlio pontificio, y por último, los individuos del sagrado colegio cardenalicio. Todo era imponente en aquellos momentos: la grandiosidad de la plaza, alrededor de la cual y colocados con órden se veían mas de mil carruajes: el murmullo del inmenso pueblo; el ruido que formaba la caída de las aguas de las dos magníficas fuentes; el sonido de las campanas y de las músicas, todo llamaba nuestra atención. En punto de las doce experimentamos otra diversa sensación: Pio IX apareció al frente de su pueblo, conducido á hombros en su silla gestatoria. En

aquel instante cambió la anterior escena: á un tiempo y como por encanto un silencio sepulcral sucedió al anterior ruido: las fuentes dejaron de correr, las campanas y las músicas enmudecieron, y la multitud que cubría la plaza, cayó de rodillas: ¡era un espectáculo imponente! jamás hemos experimentado semejantes sensaciones, y pudimos observar, que todos los ojos que se hallaban fijos en el balcón vaticano vertían lágrimas. Tambien nosotros lloramos, y sentíamos reanimarse nuestra fé. El sucesor de Pedro, revestido de gran pontifical, se puso de pié. ¡Era una figura magestuosa que destacaba entre tanta variedad de objetos! Con los brazos abiertos y fija su mirada en el cielo, parecía pedir al Dios Omnipotente su bendición para distribuirla entre sus hijos. Deslumbraba el oro de sus vestiduras y las piedras preciosas que adornaban la tiara ó sea la triple corona que ceñía en su sien; pudimos oír la dulce y penetrante voz de Pio IX, que nos bendijo con la mayor solemnidad, sentándose en seguida y siendo despues conducido á sus habitaciones del Vaticano.

Nosotros nos retiramos tambien del lugar que habíamos ocupado, henchido el corazón de gozo y alegría, porque jamás habíamos presenciado un acto semejante; y transeúntes en la ciudad eterna, no esperábamos disfrutar de nuevo los goces que en aquel día, que jamás se borrará de nuestra memoria, disfrutamos. Nuestro paso al volver á nuestra morada era lento: no sabíamos qué pasaba en nuestro interior. ¡Qué corta es la vida humana! Podremos, decíamos en aquel instante, vivir aún algunos años, si así lo permite la Providencia; pero hoy hemos muerto para este espectáculo grandioso, pues es muy probable no volvamos á presenciarlo. Nuestra vida es un sueño; y siendo así que cada día, como dice el célebre autor del *Genio del Cristianismo*, morimos para un objeto, todos los acontecimientos de nuestra vida son lecciones que debemos estudiar para comprender la eternidad.

E. MORENO CEBADA.

DON TIRSO OBREGON.

Este distinguido artista, cuyo retrato damos en el presente número, es de los mas notables que se han dedicado á la Zarzuela, y su inspiración, su sentimiento y buenas facultades le han conquistado un alto puesto en el género á que consagra su talento.

Cuando Obregon se estrenó hace tres años en el teatro de la Plazuela del Rey, el público de Madrid que adivinaba en él un gran artista, le colmó de aplausos y le concedió una verdadera y legítima ovación.

La presencia de Obregon en la escena produjo que muchos autores, escribiesen para baritono partes que debieran haberse escrito para tenor, y aparte de sus dotes, y del gusto con que canta, todos reconocen, y los periódicos lo han repetido ahora con motivo de la ejecución de *Los Piratas*, que Obregon como actor puede, cuando quiera desentenderse del género á que se ha dedicado, figurar al frente de una compañía dramática.

Moreto, *El Juramento*, *El Diablo en el poder* y *Zampa*, son zarzuelas en que Obregon está á mucha altura y en que tiene momentos sublimes de verdadero sentimiento artístico.

Encomiaríamos mas sus relevantes cualidades, sino fuesen tan conocidas del público.

Terminaremos diciendo, que es uno de los artistas que han venido á sostener la zarzuela, y que Obregon y Sanz son las mas seguras bases sobre que ésta descansa.

¡BENDITA SEAS!

Á MI QUERIDA MADRE.

«Gloria al Señor que puso
mi pobre cuna
donde hay estas estrellas
y hay esta luna,
y hay estas flores
y hay estas dulces auras
y hay estas noches.»

(TRUEBA.—Libro de los Cantares.)

Si no tan armonioso
con igual fuego,
gloria al Señor repito
gracias al cielo;
porque mis ojos
abrió á la luz en clima
tan delicioso.

Que al venir á este mundo,
yo la luz ví
entre un lecho de rosas
y un cielo azul;
y de querube
disfrutaba en mi cuna
sueños azules.

Si naciera mil veces,
mil deseara
nacer entre estas flores
y entre estas auras;
porque yo creo
que esto, de no ser gloria
será su espejo.

Recuerdo que de niño
todo mi encanto
era mirar el monte
y el verde prado:
con las caricias
de los céfiros suaves
me sonreía.

De noche, el estrellado
azul del cielo
me inspiraba delicias,
paz y contento;
y así aprendía
á entender, sin saberlo,
la poesía;

Y era mi regocijo
y era mi anhelo
contemplar las estrellas
mirar el cielo:
como era un niño
en el cielo tenía
mi paraíso.

De la diáfana luna
los resplandores
me alumbraron mas tarde
dulces amores.
¡Y qué bien se ama
con una luna tibia
tranquila y plácida!

Con mi niña la luna
me saludaba,
me dejaba con ella
por la mañana:
el sol huía
y la luna de nuevo
nos sorprendía.

Hoy encuentro admirable,
me inspira gozo
el monte, la llanura,
el valle, todo;
y es que realmente
todo, el azul del cielo,
nos lo embellece.

Todo al placer convida
en esta tierra,
todo en ella es encantos;
¡bendita sea!
Si á nacer vuelvo,
Dios mio, haced que nazca
en este suelo.

«Gloria al Señor que puso
mi pobre cuna
donde hay estas estrellas
y hay esta luna,
y hay estas flores
y hay estas dulces auras
y hay estas noches.»

J. A. LOREN y LA HOZ.

PASCUAL BRUNO.

Por A. Dumas.

(Continuacion.)

Viéndose Pascual desembarazado momentáneamente por aquel lado, se encaminó á la ventana opuesta, desde la cual se divisaba la aldea; los disparos habian alarmado á la partida de este lado, la cual habia avanzado bastante á tiempo para enviarle una rociada de balas cuando se asomó á la ventana; pero tuvo tambien la milagrosa fortuna de librarse de ellas; aquello parecia un encantamiento, cuando, por el contrario, ninguno de los disparos de Pascual era perdido, á juzgar por las blasfemias de que eran seguidos.

Entonces sucedió lo mismo con esta partida que con la otra. El desórden se introdujo en las filas; pero en lugar de huir, se vino á formar al pié mismo de la muralla, evolución que ponía á Pascual en la imposibilidad de disparar sin descubrir por la ventana la mitad de su cuerpo. Y como el bandido creyó prudente no esponerse, resultó una suspensión momentánea de fuego.

—¿Hemos concluido ya? preguntó el maltés. ¿Y podremos cantar victoria?

—Todavía no; dijo Bruno. No es mas que una suspensión de armas; sin duda han ido á buscar á la aldea escalas y hachas, y no tardaremos en tener noticias de ellos. Pero sosegaos... dijo el bandido llenando dos vasos; no nos quedaremos en zaga y tambien nos prevendremos... Allí, anda á buscar un barril de pólvora. A vuestra salud, comendador.

—¿Qué quereis hacer con ese barril? dijo el maltés con cierta inquietud.

—¡Oh! Casi nada... Vais á verlo.

—Alí entró con el objeto pedido.

—Bien está, dijo Bruno... Ahora, toma un barreno y abre un agujero en ese barril.

Alí obedeció con esa prontitud pasiva que era la marca distintiva de su adhesión. Entretanto, Pascual rasgó una servilleta, la deshilachó, reunió los hilos, la arrolló en la pólvora de un cartucho, pasó esta mecha por el orificio del

(1) Lafon. Roma antigua y moderna. R. Moderna cap. XIII.

barril y lo cubrió todo con pólvora mojada. Apenas había concluido estos preparativos, cuando sonaron hachazos en la puerta.

—¿Soy buen profeta? dijo Bruno haciendo rodar el barril hacia la entrada del aposento que daba a la escalera, y volviendo luego a tomar en la lumbre un pedazo de pino encendido.

—¡Ah! dijo el maltés, comienzo a comprender.

—Padre, dijo Alí; vienen con una escalera por el lado de la montaña.

Bruno se dirigió a la ventana y vio que efectivamente sus enemigos venían provistos con el instrumento que les faltaba, y decididos a dar el asalto, como queriendo reparar su anterior y vergonzosa fuga.

—¿Están cargados los fusiles? dijo Bruno.

—Sí, respondió Alí dándole la carabina.

Bruno tomó sin mirarla, el arma que se le entregaba, la apoyó lentamente en el hombro y apuntó con mas cuidado que las otras veces; el tiro salió y uno de los dos hombres que llevaban la escalera, cayó.

Fué reemplazado por otro; Bruno tomó otra arma y el miliciano cayó junto a su compañero.

Otros dos hombres sucedieron a los muertos y también cayeron; parecía que la escala tenía la fatal propiedad del Arca Sagrada; el que la tocaba con la mano, era muerto. Los agresores, dejando la escalera, se retiraron segunda vez, enviando a la ventana una descarga tan inútil como las primeras.

Entretanto los de la puerta redoblaron los golpes; los perros por su parte ladraban furiosamente; de vez en cuando los golpes eran mas sordos y los ladridos mas encarnizados. Por último, cayó una hoja de la puerta y dos ó tres hombres penetraron; pero al oír los gritos de angustia que daban, sus compañeros juzgaron que había enemigos mas terribles de lo que creyeron al principio; no era posible disparar sobre los perros sin matar a los hombres. Parte de los sitiadores penetró en el patio, donde hubo una especie de combate de circo entre los soldados y los cuatro perros que defendían con encarnizamiento la escalera. De repente, la puerta de arriba se abrió y el barril de pólvora preparado por Bruno, saltando de escalon en escalon, vino a estallar como un obus en medio de aquella carnicería.

La explosión fué terrible; cayó un lienzo de pared y todo lo que había en el patio quedó pulverizado.

Hubo un momento de estupor entre los sitiadores; entretanto las dos partidas se habían reunido y presentaban un efectivo de mas de trescientos combatientes. Un profundo sentimiento de venganza se apoderó de aquella muchedumbre, al ver que un hombre solo le hacia frente; los jefes se aprovecharon de ello para alentar a los milicianos, y estos se formaron en columna; la caída de la pared había dejado brecha abierta y caminaron hacia ella en buen orden, desplegándose despues para abarcar toda la anchura que ofrecía, la traspusieron sin obstáculo, penetraron en el patio y se encontraron en frente de la escalera. Allí hubo un momento de vacilación. Por último, algunos comenzaron a subirla, animados por sus compañeros, quienes les siguieron. La escalera fué invadida de tal modo que aun cuando los primeros hubieran querido retroceder, ya no les hubieran sido posible; tuvieron que atacar la puerta, pero contra lo que esperaban, la puerta no se resistió. Los sitiadores se derramaron entonces en el primer aposento gritando victoria. En aquel momento la puerta del segundo se abrió, y los milicianos vieron a Bruno sentado sobre un barril de pólvora con una pistola en cada mano; al propio tiempo, el maltés, espantado, se abalanzó a la puerta abierta, exclamando con un acento de verdad que no inspiraba sospechas:

—¡Atrás! todos, ¡atras! La fortaleza está minada. ¡Si dais un paso mas, saltamos todos!...

La puerta se volvió a cerrar como por encanto; los gritos de victoria se trocaron en gritos de terror; toda la multitud se arrojó por la escalera, menos algunos que lo hicieron por las ventanas; parecían a todos que la tierra les temblaba debajo de los pies. Al cabo de cinco minutos, Bruno volvió a ser dueño de la fortaleza. En cuanto al maltés, se había aprovechado de la ocasión para escapar.

No escuchándose ya ruido alguno, Pascual se levantó y se encaminó a una ventana; el sitio estaba convertido en bloqueo; había puestos establecidos al frente de todas las salidas, y los milicianos estaban a cubierto de los fuegos. Era evidente que se había adoptado un nuevo plan de campaña.

—Parece que tratan de cogerlos por hambre, dijo Bruno.

—¡Perros! respondió Alí.

—No ultrajes a los pobres animales que han muerto defendiéndose; dijo Bruno sonriendo, y llama a los hombres, hombres.

—¡Padre! exclamó Alí.

—¿Qué?

—¿Ves allá abajo?

—¿Qué?

—Aquel resplandor...

—En efecto; ¿qué significa?... Todavía no amanece; por otra parte, está hacia el Norte y no al Oriente.

—La aldea está ardiendo, dijo Alí.

—¡Sangre de Cristo! ¿Es eso positivo?

Entonces se oyeron gritos desesperados... Bruno corrió hacia la puerta, y se encontró frente a frente con el maltés.

—¿Sois vos, comendador? exclamó Pascual.

—Sí; yo mismo... No os equivoquéis, y me tomeis por otro. Soy amigo.

—Sed bien venido; ¿qué es lo que pasa?

—Perdiendo la esperanza de cogerlos, han prendido fuego a la aldea, proponiéndose no apagarlo hasta que los aldeanos consientan en venir contra vos, pues a ellos les han quedado pocas ganas.

—¿Y los aldeanos?

—Se niegan.

—Sí... sí... bien lo sabía yo: dejarán arder todas las casas antes que tocar a un pelo de mi cabeza... Bien está, comendador; volved a ver a los que os han enviado, y de cides que apaguen el fuego.

—¿Cómo eso?

—Me entrego.

—¿Te entregas? exclamó Alí.

—Sí; pero he dado mi palabra de no entregarme mas que a un hombre, y solo me entregaré a él; apáguese el incendio como he dicho, y que vayan a buscar ese hombre en Mesina.

—¿Quién es?

—Pablo Tomasi, sargento de gendarmes.

—¿Teneis mas que pedir?

—Solo una cosa, respondió Bruno; y habló en voz baja al maltés.

—Espero que no es mi vida la que pides, dijo Alí.

—No te he prevenido que te necesitaré despues de la muerte?

—Perdon, padre; lo había olvidado.

—Id, comendador y haced lo que os digo; si el fuego se apaga, conoceré que mis condiciones han sido aceptadas.

—¿Os sienta mal que me haya encargado yo de la comisión?

—No os dije que os destinaba a ser mi parlamentario?

—Es verdad.

—A propósito, dijo Pascual; ¿cuántas casas van quemadas?

—Dos, cuando vine.

—Hay trescientas quince onzas en mi bolsillo; repartidlas a los propietarios. Hasta la vista.

—Adios.

El maltés salió.

Bruno tiró las pistolas; se sentó sobre el barril de pólvora, y se entregó a una meditacion profunda; en cuanto al joven árabe, se tendió sobre su piel de tigre, y estuvo quieto y con los ojos cerrados como si durmiera... Poco a poco, el resplandor del incendio se extinguió: las condiciones quedaban aceptadas.

Al cabo de una hora, la puerta del cuarto se abrió; un hombre apareció en el umbral, y viendo que ni Bruno ni Alí advertían su llegada, tosió con afectación; era este un medio de anunciar su presencia, que había visto usado con éxito en el teatro de Mesina.

Bruno se volvió.

—¡Ah! ¿Sois vos, sargento? dijo sonriendo; da gusto mandaros a llamar, porque no os haceis esperar.

—Sí; me han encontrado a un cuarto de legua de aquí en el camino viniendo con mi compañía... y me han dicho que deseábais verme.

—Verdad es; he querido probaros que era hombre de palabra.

—¡Pardiez! Bien lo sabía yo.

—Y como he prometido que ganarais los tres mil ducados consabidos, he querido cumplirlo.

—¡Diantre!... ¡Diantre!... Diantre!... dijo el sargento con creciente energía.

—¿Qué quiere decir eso, compadre?

—Quiere decir... quiere decir... que me gustaria mas ganar esos tres mil ducados de otro modo... en otra cosa... a la lotería, por ejemplo.

—¿Y por qué?

—Porque sois un valiente y los valientes andan escasos.

—¡Bah! ¿Qué os importa?... Eso os hará ascender.

—Bien lo sé, dijo Pablo con acento desesperado: ¿es decir que os entregais?

—Me entrego.

—¿A mí?

—A vos.

—¿Palabra?

—Palabra de honor. Podeis alejar esa canalla con la cual nada quiero.

Pablo Tomasi fué a la ventana.

—Podeis retiraros todos, gritó; respondo del preso: id a anunciar su captura a Mesina.

Los milicianos prurupieron en gritos de alegría.

Ahora, dijo Bruno al sargento, si quereis sentaros a la mesa, terminaremos la cena que esos imbéciles interrumpieron.

—Con mucho gusto, respondió Pablo; porque acabo de andar ocho leguas en tres horas, y estoy muerto de hambre y de sed.

—Pues bien, dijo Bruno; ya que os encontrais en tan buena disposicion, y solo nos queda una noche que pasar juntos, la tendremos alegre.—Alí, anda a buscar esas muchachas.—Entretanto, sargento, prosiguió Bruno llenando dos vasos, a vuestros galones de sargento primero.

Cinco dias despues de los sucesos que hemos referido, el príncipe de Carini, hallándose en presencia de la linda Gemma, que había terminado su penitencia en el convento de la Visitacion, y que había vuelto al mundo ocho dias antes, supo que al fin sus órdenes estaban ejecutadas y que Pascual Bruno había sido cogido y conducido a las cárceles de Mesina.

—Bien está, dijo; que pague el príncipe de Goto los tres mil ducados ofrecidos, que le forme causa y lo ejecuten.

—¡Oh! exclamó Gemma con aquella voz suave y cariñosa a la cual nada sabia negar el príncipe; ¡tengo la curiosidad de ver a ese hombre que no conozco, y de quien se cuentan cosas extraordinarias!

—¡Fácil es satisfacer tu deseo, ángel mio; respondió el príncipe; le mandaremos ahorcar en Palermo!

(Se continuará.)

BIOGRAFIA.

Si las virtudes, si los hechos heroicos son dignos de grabarse en letras de molde, también debe concederse esta recompensa al talento privilegiado que se abre paso en la senda de la literatura, primeramente árida y cubierta de espinas, despues fértil y cuajada de flores.

Desde la época del romanticismo exagerado, cuando se hallaba en su mayor apogeo el vértigo literario, que mas tarde cayó en el ridículo, para despues modificarse y brotar de aquella viciosa planta una nueva flor, que fué, digámoslo así, el debut de la literatura moderna, se ha enriquecido con preciosas adquisiciones el brillante catálogo de nuestras escritoras.

La preocupacion, la envidia ó la ignorancia de aquella época puso en ridículo a las poetisas, en cuyo corazon brotaba la inspirada llama de Erato y de Caliope, y lejos de conceder un lugar preferente a las que, con menos motivos de saber que el hombre, cantaban en sentidas trovas las glorias de nuestra patria, las grandezas de la creacion ó las dulzuras de la familia, cortaron los vuelos a su privilegiado genio, no ya censurando sus obras con una crítica justa y desapasionada, sino con el mas terrible sarcasmo llevado hasta la exageracion.

Pero despues, el progreso de la época, que todo lo iguala; títulos, saber y honores, comenzó a admitir en su seno a nuestras notabilidades literarias, y estimuladas por el justo aplauso, único lucro, débil recompensa que generalmente produce la penosa carrera de las letras, brotaron de las femeniles lirras, por largo tiempo encadenadas, las mas brillantes concepciones, que impresas hoy, se leen con delicia y se aplauden sin adulacion.

El sublime genio de la Avellaneda, la dulce inspiracion de la Coronado, la vasta erudicion de Fernan Caballero, el sentimentalismo, un tanto exagerado de Sinués de Marco, rompieron el valladar de las rancias preocupaciones, y con sus obras probaron al mundo que no solo ha nacido la muger para ocuparse en las labores de su sexo y hacer la felicidad del hombre, sino que, uniendo también a sus bellezas físicas la esplendente aureola del talento, puede ser útil a la sociedad, difundiendo por el ámbito del globo las luces de su ilustracion y derramando por dó quiera la semilla de una sana moral.

¿Quién mejor que una madre podrá cantar las inefables dulzuras del maternal cariño?

¿Quién mejor podrá dirigir la educacion infantil en los primeros pasos de la vida?

¿Quién con igual sentimiento lamentará la pérdida de una prenda adorada?

Si el corazon de la madre, de la esposa ó de la amante siente con doble vehemencia, con otra clase de sentimiento menos rudo, menos violento que el corazon varonil, porque esta variedad de sensacion está relacionada con el sexo, claro es, que nadie como la muger, sublime esencia de la sensibilidad, podrá describir con mas vivos colores, con mas dulce encanto las diversas fases de nuestra miserable vida.

Así, pues, vemos reunidas estas cualidades en las concepciones de nuestras principales escritoras, sobresaliendo en ellas, tanto por su energía, como por la fecunda inspiracion con que han sido escritas, las inmortales producciones de la Avellaneda y Fernan Caballero.

Cuando en las tristes veladas del invierno distraíamos nuestra imaginacion, empapándonos en tan deleitable lectura y devorando con avidez las obras de ambas escritoras, estábamos muy lejos de sospechar que en los jardines de la poética Granada crecía una flor más, cuyo penetrante aroma, hendiendo el aire, había de llegar a la corte, y cuyo brillo había de eclipsar al mas esplendente lucero.

Un genio privilegiado por la naturaleza tuvo su cuna en la ciudad de los cuentos orientales.

Allí, donde todo es poesía, por el clima, por las sensaciones, por los novelescos recuerdos que a cada paso brotan; allí, donde en otro tiempo, durante la dominacion musulmana, todo era amor, fuego y sentimiento; en aquella tierra, último valladar, postrer florón del sarraceno Boabdil; bajo aquel cielo diáfano, iluminado por un sol benéfico, abrió los ojos a la luz del día la simpática poetisa, cuya biografía tenemos la honra de escribir.

Por el año de 1838 residían en Granada don Ramon Serrano y doña María García Espinosa, aguardando con afán el nacimiento de un nuevo sér que afianzara los ya indisolubles vínculos de su amor.

En efecto: el día 4 de enero de dicho año vieron logrados sus deseos, concediéndoles el cielo una niña, a quien, quizás por un presentimiento de lo que mas adelante había de ser, la pusieron el poético nombre de Emilia.

Fácil es comprender la dicha que embargaría a este feliz matrimonio, cuya vida se deslizaba tranquila y apacible despues de las borrascas sociales y de las tempestades políticas, que cuatro años antes salpicaron de sangre y lodo los cimientos de nuestra civilizacion.

Nada hay tan grato a el alma como el goce de una existencia envidiable en medio de la paz doméstica y de los inocentes placeres de la familia.

Cuatro años trascurrieron, durante los cuales, la bella Emilia dotada por la Providencia de todos los dones físicos y morales que la prodigalidad del Creador puede derramar sobre sus criaturas predilectas, fué creciendo en talento y hermosura.

Desde sus primeros años advirtiése en ella un genio privilegiado, genio que se revelaba en sus menores acciones, en sus mas insignificantes palabras, y mas que todo, en sus brillantes é ingeniosas respuestas.

Comprendiendo sus padres que era preciso procurarla una educacion digna de su clase, y compatible con su natu-



La nueva Bolsa, en Londres.

ral inclinacion, trocaron las fértiles riberas del Guadalquivir por los áridos contornos de la corte.

Aquí permanecieron algun tiempo, hasta que vinieron las tempestades políticas que todos conocemos, y su padre, que durante la guerra civil habia sido uno de los mas acérrimos defensores de nuestra reina, y habia regado con su sangre el campo del honor, determinó trasladarse á Francia é Inglaterra, en compañía de los dos seres mas queridos de su corazón.

Entretanto, la niña que en sus primeros años hollaba las flores de Granada, habíase convertido ya en una joven seductora, tanto por su belleza como por su talento, añadiendo además á estos dones tan envidiables el irresistible atractivo de una educacion brillante y esmerada, como tambien la elegancia de las cortes española y parisiense, cuya culta sociedad no pudo menos de admirar las cualidades de nuestra compatriota.

Para comprender el genio poético que desde los primeros años se revelaba en Emilia Serrano, bastará decir que á los doce de edad alcanzó premio honorífico por una preciosa salve que compuso para el colegio donde se educaba, y que llamó la atencion de cuantos la oyeron rezar.

Tanta belleza, tan excelentes dotes, por una de esas contradicciones difíciles de explicar, debían encontrar dueño en la nacion británica, esto es, en la antítesis perfecta de la patria donde Emilia habia nacido.

¡Aberraciones de la casualidad que parece recrearse en formar los mas raros contrastes para probar sin duda su mucho poder!

Al terminar su educacion en uno de los principales colegios de París no tardó en ser admirada en la sociedad inglesa, que á pesar de esa glacial indiferencia que la distingue dispensó á nuestra compatriota una cordial acogida.

Entre los jóvenes que frecuentaban las mas aristocráticas reuniones asistía el joven baron inglés don Enrique Wilson, hijo de una familia alemana.

Las bellas prendas de la joven escritora no podían menos de hacer su efecto en todos los corazones, cualquiera que fuese el sentimiento que en ellos despertaran, y el joven baron, admirador como otros muchos de la linda granadina, y mas resuelto que otros, la ofreció su título y su nombre, ofrecimiento aceptado por sus padres, que veían en este enlace un partido ventajoso para su hija.

A los pocos meses unió Emilia á sus anteriores timbres

de la belleza y del saber, el no menos envidiable de la aristocracia.

Pero la suerte, que casi siempre se complace en destruir las mas dulces ilusiones cuando la dicha ha echado hondas raíces en el corazón, para que así sea mas sensible la pena, no permitió que la joven disfrutara mucho tiempo de las delicias del amor.

La parca, terrible é inexorable, que lo mismo se ceba en el niño que en el anciano, en el pobre que en el opulento, cernió sus alas sobre la feliz mansion de los jóvenes esposos, y arrebatando rudamente al baron de Wilson sumió á la pobre viuda en el luto y en el desconsuelo, cuando apenas contaba un año de casada.

En recuerdo de estos amores y como una débil compensacion, dejola el cielo una niña, destinada al parecer, á servir de dulce lenitivo á la afligida madre.

Pero tampoco debía disfrutar por mucho tiempo de tan inefable dicha.

A los cuatro años perdió tambien esta prenda adorada, quedando sumida nuevamente en la mas negra soledad.

En medio de estos dolores restábase sin embargo un poderoso consuelo: la fé de la muger cristiana y el acendrado amor de sus padres.

Semejantes pérdidas la obligaron á abandonar los lugares que habian sido testigos de sus penas y de sus alegrías, y en 1834 fijó su residencia en el centro del mundo elegante, en la capital de Francia.

Desde esta época sintió Emilia Serrano la imperiosa necesidad de transmitir al papel las concepciones de su fantasía.

Así es que entonces puede decirse que fué cuando empezó á hacerse notable en la literatura.

Su obra *Las siete palabras*, la primera que escribió despues de sus pasados sinsabores, es un modelo de cultura, de buen gusto y de resignacion cristiana, en el cual campean las mas bellas imágenes al lado de los conceptos mas sublimes.

El argumento armoniza perfectamente con los acerbos dolores que en aquellos instantes debía experimentar su corazón, pues como dice con la voz del alma herida, la joven escritora en su dedicatoria:

«Apenas comenzaba á hacer sentir las primeras melodías de su pobre lira, cuando la muerte cubrió de luto su corazón, arrancándola de los brazos á su única hija, su inocen-

te y graciosa Margarita, que era solo el lugar de su horizonte que estuviera sereno y tranquilo.

»Pasado el desorden de la primera impresion, quiso ocuparse de cantar sus gracias, pero esta clase de dolor no se prestaba á la armonía, y buscando en la religion un consuelo á sus pesares, resolvióse á cantar la pasion del Hombre-Dios.»

Esta dedicatoria es la mas bella apología que hacerse puede de su carácter.

Posponiendo el sentimiento material al sentimiento religioso, ahogando en su seno el vehemente deseo de traducir en sonoros versos sus ardientes lágrimas, y elevándose desde el materialismo terrestre á las sublimes regiones del idealismo, esclama con todo el sentimiento de su profundo dolor:

«Solo puedo llorar... y á la armonía
Se niegan los lamentos y gemidos,
Tu muerte al recordar, nube sombría
Oscurece la luz de mis sentidos:
En negra noche me trasforma el día,
Mis ojos, en sus órbitas hundidos
No ven; ¡Señor! mi rudo sentimiento
Ahoga la voz y mata el pensamiento.»

Este dolor, esta demencia maternal, digámoslo así, se halla tambien retratada en su poesía *A la muerte de mi hija*, que compuso algun tiempo despues, y de cuyas principales bellezas no hacemos aquí mérito especial por tener que ocuparnos de otras sinó tan notables por su objeto, mucho mas dignas de mencionarse por su mérito literario.

Si estuviéramos en América, si para aquel hermoso país escribiéramos la biografía que nos ocupa, seria inútil detenernos en citar algunos trozos de sus obras, por ser estas muy conocidas de nuestros hermanos de allende los mares.

Amante la joven escritora de aquel país virgen, por inclinacion y por temperamento, soñando siempre con la tierra predilecta de la poesía, lanzó sus producciones á aquella parte del mundo, y bien pronto, sus primeros pasos en la senda de la literatura la valieron merecidos elogios, y un renombre que no se borrará jamás de la mente de los americanos.

Todas sus composiciones, sin exageracion, las saben allí de memoria, y por esto repetimos que escribiendo únicamente para América seria inútil detenernos á examinarlas. Pero escribimos para España, en donde hasta hace poco

no han llegado los dulces ecos de la lira pulsada por la poetisa granadina, y así, tenemos por fuerza que ser algo mas difusos de lo que debiéramos serlo en este artículo, y saliendo del círculo trazado á los trabajos biográficos, invadir el terreno de la bibliografía.

Este deber, que cumplimos gustosos en obsequio á la escritora, es además una satisfacción que damos á nuestra conciencia, pues pudiera tachárenos de apasionados y poco explícitos si al celebrar las dotes de la poetisa no apoyásemos estos elogios con las pruebas que tenemos á la vista.

Una de sus mejores obras es sin disputa *El camino de la Cruz*, poema religioso, en el cual, con una verdad y un sentimiento profundos, pinta la pasión de nuestro Señor Jesucristo. Veamos con cuánta belleza, con cuánta naturalidad comienza á describir la resurrección.

«Es el amanecer de un bello día;
El astro matutino
Brilla luciendo en nacarado cielo;
El colorín su melodioso trino
Entona al disponer sus alas bellas
Para el aire surcar, la clara fuente
Su raudal trasparente
Derrama en dulce son; castos amores
Murmuran el faisán y la paloma,
Y al valle esparcen regalado aroma
Su capullo al abrir las gayas flores.
La luz crepuscular, apenas deja
Las formas distinguir de dos mugeres
Que el campo cruzan con incierta planta
Y á quienes un mortal dolor aqueja,
Y de sus ojos bellos
Los púdicos destellos
Suben como relámpagos, seguidos
De líquidos raudales fecundantes
Con que inunda sus cándidos semblantes
Por intenso dolor descoloridos.»

¿Habría acaso modo mas bello, mas poético ni mas verdadero, de expresar el llanto y el dolor de la Virgen y de la arrepentida Magdalena, cuando ván llenas de angustia

«La tumba á visitar, donde guardado
Está el cadáver frío
De aquel Señor, á quien el pueblo impío
Con inhumana saña ha destrozado.»

¿Habría manera mas sonora ni mas arrogante de terminar la descripción, en el momento mismo en que al pie de la tumba

«Llegan las tristes, y al fijar los ojos
En el sepulcro, por su firme seno
La tierra toda agítase temblando
Y á un mismo tiempo escúchase bramando
El lago, el mar, el huracán y el trueno.»

Esta concepción no puede ser mas sublime; pero es lástima que el pequeño lunar gramatical, que apropiado subrayamos, no la perfectibilice. Quédela, sin embargo, el consuelo á la joven escritora de que muchos de nuestros sabios, de nuestros mismos académicos suelen olvidar en sus discursos y en sus escritos la concordancia del verbo, cuando vá rigiendo dos ó mas singulares.

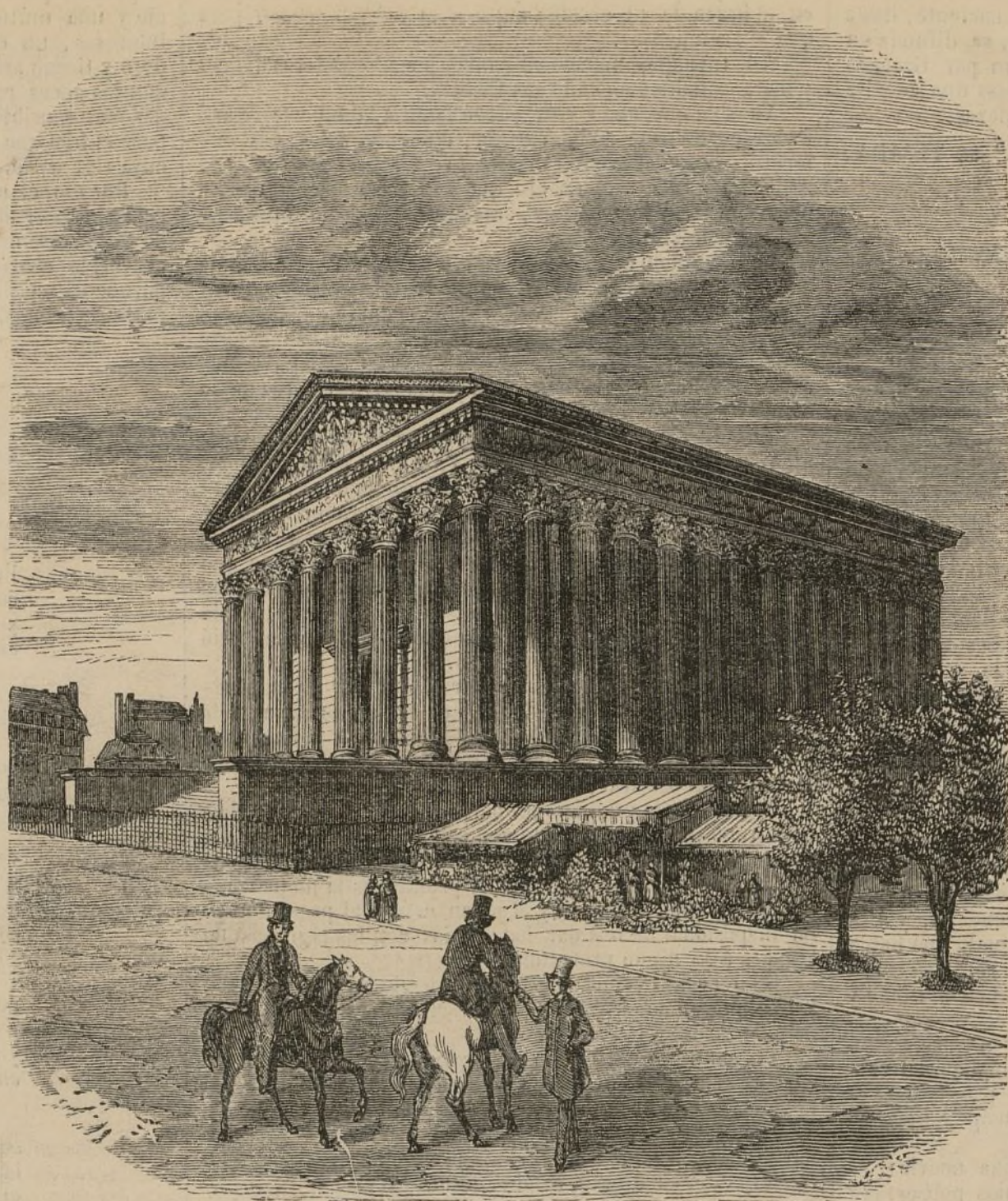
Otra de las poesías mas notables de Emilia Serrano, por la erudición que en ella se advierte, es el poema *Alfonso el Grande*, dedicado á nuestra reina.

Si al lanzarse en alas del cristianismo, cantando los padecimientos del Señor, logró sostener su obra á una altura digna de la elevada misión que habia emprendido; y si Dios, al escuchar la sentida invocación que le dirige antes de comenzar á describir sus padecimientos, avivó con su divino dedo la llama de la poetisa, y derramó en su alma un fecundo manantial de sanas ideas y de sublimes concepciones, no la abandonó tampoco al emprender este otro trabajo, que á nuestros ojos tiene doble mérito, por pertenecer al género histórico.

Después de una introducción en que, con vivos colores, describe las grandezas de nuestra patria dice, recorriendo las brillantes páginas de la historia universal.

«Brilla el Egipto prepotente un día,
La ley al mundo dá, se alza altanera
Grecia con sus guerreros y sus sabios,
Sobre este pueblo se levanta Roma,
Y del saber la iniciativa toma,
Vertiendo ciencia de sus ricos labios;
Erige monumentos inmortales
Que el hombre jamás vió, vence en la lucha
Al universo que tenaz se opone
A su carrera, y á sus pies le pone;
De Roma el nombre con pavor se escucha,
Mas cual la torre de Babel, levanta
El mortal siempre su mezquina obra
Que apena el triunfo de sus armas canta,
Es por la voz divina interrumpido
Y con airado ruido
Siente que el edificio se desploma
Que sus débiles manos levantaron
De Egipto, Grecia y la indomable Roma.»

Si como escritora de sentimiento é inspiración puede colocarse al nivel de nuestras primeras notabilidades literarias, como escritora erudita, ocupa también un lugar distinguido en la literatura.



Iglesia de la Magdalena, en París.

Hemos dicho, que en América se leen con avidez sus producciones, escritas con el fuego de los trópicos.

Así es, que la joven autora, ya sea por simpatía, ya por tener en aquel país familia y prendas queridas, á quien consagrar sus recuerdos, la verdad es, que desde sus primeros pasos en la senda de la literatura, inundó de volúmenes á Cuba, volúmenes que fueron á aumentar las bellezas de nuestra perla de las Antillas.

Su tío don Miguel Perez Pintó, gobernador entonces de San Cristóbal, en dicha Isla, fué una de las principales causas que la impulsaron á dar la preferencia á nuestras posesiones de Ultramar.

Desde Cuba, la trompeta de la Fama hizo resonar sus ecos en toda la América del Sur, y sus naturales, poetas en general por organización y por nacimiento, recompensaron con desinteresados elogios los desvelos de nuestra compatriota.

Alentada con estos triunfos y ávida de nuevos lauros, fundó en París el año de 1854, el periódico de literatura y modas, que con el título *La Caprichosa*, es conocido en el mundo elegante, tanto por su lujosa ilustración como por su parte literaria, amenizada con las creaciones de la Avellaneda, Angela Grassi, Rubí, Hartzenbusch, Dumas y Paul Feval.

Pero no es solamente en la poesía donde luce su talento Emilia Serrano.

También el árido terreno de la prosa lo ha invadido su fecunda imaginación, con notable honra para la escritora y gran provecho para la infancia, á quien ha consagrado sus desvelos.

Numerosas ediciones, lujosamente impresas en París, se han agotado en poco tiempo de la obra que lleva por título *Almacén de las señoritas*.

De distinto género que las citadas anteriormente, sirve para demostrar, como al principio de este artículo dijimos, que tan útil puede ser la mujer á la sociedad, ora escribiendo para el público, ora dedicándose á las tareas especiales de su sexo.

El pensamiento de doña Emilia Serrano al escribir este libro, que forma un volumen de cuatrocientas páginas en 4.º francés, no ha sido otro que difundir entre la infancia la semilla de la virtud, por medio de cuentos morales y de amenos diálogos, que á pesar de su estilo profundo y elevado, están al alcance de las inteligencias menos desarrolladas.

Adornan el texto preciosos grabados y lindos dibujos para bordar y hacer encajes, como asimismo profusión de viñetas que representan los principales pasajes de la narración.

De esta obra se ha hecho, tanto para Francia, como para España y América, una tirada fabulosa, pues el criterio público, que es el juez mas recto é imparcial, comprendiendo las bellezas de este trabajo y la utilidad que su lec-

tura reportaría á la niñez, le dispensó desde su aparición una acogida lisonjera.

Hemos visto, pues, que Emilia Serrano ha sido privilegiada por la naturaleza para cantar con Caliope la poesía heroica, con Clio la epopeya y la historia, y con Erato la poesía lírica ó erótica.

EL MUNDO PINTORESCO ha dado cabida en sus columnas á las amenas revistas con que algunas veces ha favorecido la señora de Wilson esta notable publicación; los periódicos del Turia se han disputado el placer de insertar los primeros su preciosa oda á Valencia, dedicada á la ciudad del Cid, y cuyo recuerdo trae á su mente la triste memoria del Byron español, del inmortal Arolas; y finalmente, *El Bello ideal* ha publicado su última composición, titulada *La vuelta de la golondrina*.

Residente en París desde 1834, tuvo el feliz pensamiento, á fines del pasado año, de visitar su amada patria y fijarse en Madrid, aunque por breve tiempo.

Bien pronto, como era consiguiente, se abrieron á la joven poetisa las puertas de las principales reuniones donde se cultivan las bellas letras y las nobles artes, y la familia del señor Piquer, con quien la unen estrechos vínculos de amistad, honró su llegada inaugurando al efecto su precioso teatro.

A los pocos días de esta reunión publicaba un diario de Madrid el siguiente suelto, al mismo tiempo que otros muchos periódicos, entre ellos *El Horizonte* y *La Epoca*, dispensaban á la señora de Wilson iguales elogios. Hé aquí como se expresaba el diario á que nos referimos:

«A la ligera noticia que dimos días pasados de la presentación de la señora baronesa de Wilson en la inauguración del teatro del señor Piquer, tenemos que añadir algunos detalles. Esta distinguida escritora, después de leer su bellísima composición *Las artes*, en que brilla todo el fuego de una imaginación joven, rica y entusiasta, á invitación de la concurrencia y en medio de una viva conmo-

ción, leyó también con la entonación del verdadero sentimiento, del sentimiento que brota de lo íntimo del alma y se manifiesta espontáneamente, la perla de sus trabajos literarios, su composición *A América*, en que, con la fuerza de su mágica inspiración y el calor de una fantasía meridional, traslada el puro amor que alienta en su pecho á nuestra rica hermana de allende los mares; amor que quien la escucha siente comunicar á su espíritu como por una fuerza magnética, irresistible, con toda la viveza del entusiasmo que revela la inspirada voz de la poetisa. Bien puede Madrid enorgullecerse de poseer tan preciosa joya.

»Nacida en la poética Granada, la ciudad de las pintorescas vegas, de las torres orientales, de los romancescos recuerdos, cuya atmósfera se halla aun impregnada del delicioso perfume con que la aromaban los voluptuosos hijos del desierto, y cuyos aires repiten el eco embriagador de sus ardientes amores, educada en París, en ese centro de la moderna cultura, la señora baronesa de Wilson reúne á las gracias naturales del genio, de la belleza y de la juventud, el fino y franco trato de las parisienenses.»

Se vé, pues, por las anteriores líneas, que otros nos han precedido ya en la dulce tarea de elogiar las cualidades de la señora baronesa de Wilson.

No solamente en España es donde ha encontrado una brillante acogida entre nuestros escritores. También Alejandro Dumas se honra con su amistad, y Mr. de Lamartine la dirigió en enero de 1859 unas cartas llenas de elogios, que al poco tiempo se publicaron en los periódicos franceses y en los de ambos Mundos.

Durante los cuatro años que se dedica asiduamente á la literatura, ha escrito siete tomos en prosa y verso. Sus poesías mas celebradas son: las odas *A América*, *A Napoleón*, *A mi madre*, é *Invocación á Dios*; y sus mejores obras las que hemos citado anteriormente.

Pero si bellas son sus cualidades físicas é intelectuales, queda eclipsado su brillo por la doble hermosura de su parte moral.

El acendrado cariño que profesa á toda su familia y especialmente á su madre, objeto de sus mas tiernos cuidados, y su carácter firme y dulce á la par, la han proporcionado en todas partes numerosas amistades.

Emilia Serrano, cuya educación literaria se halla en la primavera de su vida, eclipsará con el tiempo el brillo de los otros astros, que giran, medio apagados ya, en torno suyo.

América está anhelosa de contar entre sus vírgenes bosques á esta perla de la literatura y de la belleza.

Quizás bien pronto, atravesando los mares, se transporte allí, no ya el eco de su lira, eco que siempre está resonando en aquella parte del globo, sino el genio sublime que con tanta brillantez sabe pulsarla.

En aquel país predilecto para las sensaciones, á impulso de aquel sol vivificante, bajo el influjo de aquel clima fe-

bril, lo mismo para el alma que para la materia, acabarán de abrirse los brillantes pétalos de esta flor naciente, hasta que, perfeccionada la obra de la naturaleza, se difunda su penetrante aroma por el universo, y la sin par Granada pueda envanecerse de contar entre sus hijas una poetisa mas que escriba en letras de oro sus grandezas.

JOAQUIN M.^a DE TEJADA.

HISTORIA DE TRES CASAMIENTOS.

(Conclusion).

Un día Julia se hallaba tranquilamente sentada en su habitación cuando oyó un gran ruido en la escalera acompañado de un agudo grito de su madre: la sangre se heló en sus venas; arrojó sobre una cama el niño que tenía en los brazos y acudió al sitio del estrépito, su madre yacía sobre la escalera y parecía muerta: un terror espantoso se apoderó de ella, y arrojándose sobre el cuerpo inanimado de la anciana, apenas tuvo fuerzas para pedir socorro.

Los vecinos acudieron y levantando á la infeliz que estaba herida, la hicieron respirar esencias en tanto que otros corrían en busca de un cirujano: este, después de reconocerla, encontró que la herida era en la cabeza, causada por un fuerte golpe contra uno de los peldaños, y que no ofrecía ningún cuidado: efectivamente, doña Vicenta al bajar había resbalado cayendo contra el filo de un escalón.

Después de lavada y vendada ya no hubo que temer, y la anciana, á quien se sangró al momento, se encontró bien; pero el susto había sido mortal para Julia, y cuando fué á dar á su hijo el pecho, el pobre niño se esforzó inútilmente por extraer su alimento; pues la leche se había retirado.

Cuando Enrique volvió de su oficina encontró á su suegra sangrada y con la cabeza cubierta de vendajes, y á su mujer en cama con una ardiente fiebre: supo lo que había pasado y su primera idea fué abrir el balcón para estrellarse contra las losas de la calle; pero era un buen cristiano y deshecho este pensamiento.

Aquella noche fué horrible: entre dos enfermos y un niño que gritaba, Enrique sufrió mortales congojas: temía por la vida de su mujer, á la vez que hacia papilla para el niño, el cual no por eso se sosegaba, pues sin duda creía insuficiente tal alimento.

Cuando amaneció fué preciso buscar una nodriza, es decir, esa eterna pesadilla de los matrimonios pobres, ese enemigo de los padres de familia que son verdaderamente amantes de sus hijos.

No le fué difícil hallarla, sucumbiendo á todas las exigencias que quiso imponerle; pero tan luego como la llevó á su casa tuvo que recoger los cubiertos de plata, algunas alhajas de corto valor que aun quedaban á su mujer, y todas las prendas medio decentes que pudo reunir y llevarlas á casa de un prestamista.

Cuando llegó el médico, Julia seguía mal y estaba de bastante peligro.

Lo que Enrique sufrió durante esta enfermedad no tiene ponderación, obligado á asistir á la oficina y á cuidar á Julia, pasaba las noches en vela, y cuando concluía su trabajo las sienes se le saltaban y estaba próximo á volverse loco; pero nada había querido decir á sus gefes por su excesivo pundonor.

Entretanto se le concluía la cantidad que había recibido sobre sus efectos, pues los gastos de médico y botica, así como los que originaba la nodriza, eran muy considerables para su pobreza.

Enrique acariciaba en su imaginación la idea del suicidio, como único medio de robarse á tanto duelo, y no consideraba lo que había de egoísmo en semejante resolución: se veía atormentado por la desgracia hasta el último extremo, y carecía de energía para luchar con ella; por otra parte, había gastado todos sus recursos, y antes que morir de hambre y ver perecer á su familia prefería un pistoletazo ó un baño en el canal.

Entonces comprendió lo absurdo de un casamiento, en cuya composición entra por único y exclusivo elemento el amor: conoció que sin una fortuna, por modesta que sea, es imposible gozar con tranquilidad las caricias de una esposa y los halagos de un hijo: ante el prosaísmo de la naturaleza cede la poesía y la exaltación del espíritu; el hambre, el frío y la desnudez matan las mas ardientes pasiones y los sentimientos mas elevados.

El mismo amor que profesaba á su mujer, hacia mas crueles los tormentos que sentía viéndola sufrir mil privaciones, y prolongar por esta causa la enfermedad que la tenía á las puertas del sepulcro: el mismo cariño que hubiera profesado á su hijo en otras circunstancias, le hacia lamentar mayormente hubiese venido á hacer su situación mas aflictiva.

Llegó un día en que fué á la oficina pálido por el disgusto, estenuado por las vigiliadas, arrastrándose casi por la falta de alimento: se puso á trabajar, y á los pocos instantes sintió que la pluma se le caía de la mano, que un sudor frío bañaba su frente y una nube oscurecía su vista: después perdió el conocimiento.

Al volver en sí, se halló rodeado de sus compañeros y gefes, que le prodigaban socorros y habían hecho llamar un médico. Enrique era muy apreciado por su buen carácter, su asiduidad y su inteligencia; así es, que todos á porfía se esmeraban en proporcionarle auxilios.

Luego que abrió los ojos, el jefe de su departamento le dijo:

—¿Si estabais enfermo, por qué habeis venido?
—Tenia mucho trabajo y deseaba concluirlo.
—Habeis hecho mal; podeis marcharos, y desde luego os relevo de trabajo en tanto no os halleis restablecido.

Enrique dió las gracias y se marchó á su casa apoyado en el brazo de un criado, á quien el jefe dió orden para que le acompañase.

Allí tuvo que meterse en cama, pues los dolores físicos y morales habían agotado sus fuerzas.

Ya solo quedaba á esta pobre familia la muerte, como única esperanza: doña Vicenta, cuidando á los dos enfermos, se hallaba enteramente privada de recursos, y la nodriza, al ver este cuadro que tan triste expectativa le prometía pidió sus salarios, amenazando dejar al niño sino se los daban al momento.

El habilitado había tenido ya la rara condescendencia de adelantarle una mensualidad, y solo restaba como supremo recurso dirigirse al jefe de Enrique, lo cual no había querido éste hacer hasta entonces. Doña Vicenta, sin decirle nada se dirigió á la oficina y solicitó hablar á dicho señor, á quien refirió con la sinceridad y los vivos colores de la desgracia su horrible situación.

El jefe era un hombre honrado y se sintió conmovido; sacó media onza de su bolsillo y la dió á doña Vicenta, asegurándole haría por Enrique cuanto pudiese: después que ésta se marchó llorando de gratitud, llamó á los gefes de las demás secciones y les habló con el mayor interés en favor de Enrique, haciéndoles una referencia de lo que acababa de oír é invitándoles á que abriesen una suscripción en sus respectivos departamentos: todos accedieron, y á la media hora había reunidos sesenta duros, que el jefe envió al momento á casa de su protegido.

No contento con esto, fué á ver al director de la sociedad, á cuya noticia había llegado el accidente de aquella mañana, y le ponderó el talento, el pundonor y la exactitud de Enrique; le hizo ver cuán digno era de su protección, y le exigió un ascenso para aquel padre de familia.

El director le prometió proporcionárselo, y á los dos días le entregó un nombramiento con ocho mil reales de sueldo, que el buen jefe llevó aquella misma noche á Enrique.

La alegría cuando no mata al pronto, es la mejor medicina para un enfermo; y el joven estuvo al poco tiempo en disposición de ir á dar las gracias con las lágrimas en los ojos á su digno protector.

Bien pronto volvió la alegría y la salud á aquella casa, y Enrique pudo entregarse sin reserva á sus sentimientos de buen padre y buen esposo.

En su nuevo destino tuvo ocasión de desplegar á los ojos de sus gefes su talento y buenos conocimientos, y á la primera vacante obtuvo una plaza con doce mil reales.

Los destinos en las sociedades ó en las oficinas particulares duran en tanto se cumple bien en ellos, y Enrique no tiene que temer ningún cambio de ministerio.

Además se halla curado completamente de sus celos, pues su mujer es un tipo de virtud y de fidelidad conyugal.

Si veis pasear por Recoletos y la Fuente Castellana dos jóvenes con un hermoso niño de la mano que se miran y sonríen aún como dos amantes, conocereis á Enrique y Julia, en cuyas frentes resplandece una verdadera felicidad.

No creais sin embargo, que todas las enfermedades graves tienen una crisis salvadora; pues por lo regular muere el paciente.

Si la casualidad y sus buenas prendas salvaron á Enrique de la miseria, no os fieis por eso, pues la mayor parte mueren en la estacada.

Cualquiera creeria al leer la historia de tres casamientos, que es malo este sacramento bajo todos los aspectos que se considere; mas lejos de ser así, debe mirarse el matrimonio no solo como una conveniencia social, sino como una necesidad individual.

Por cálculo, es un sacrificio de la felicidad al orgullo exagerado y ridículo.

Por conveniencia, es un contrato mercantil humillante y mezquino.

Y no se crea que la civilización ha hecho mas comunes esta clase de casamientos, y que deben mirarse como una consecuencia de ella.

La mayor parte de los pueblos salvajes ajustan y regatean la dote de sus mugeres, y hacen con ellas un negocio como pudieran hacerlo con un carnero ó un burro.

Por consiguiente, la civilización al aumentar el fausto y la magnificencia; al crear un número inmenso de necesidades, ha hecho preferir la manera de satisfacerlas á los pocos gozos del espíritu;

Y que las personas sean apreciadas por lo que tienen y no por lo que son.

Y de ahí ha resultado que en punto á casamientos nos hemos nivelado un poco con las poblaciones salvajes.

El matrimonio por amor, cuando no se cuenta un porvenir seguro aunque sea modesto, es una aberración del entendimiento humano.

Donde no hay harina todo es mohina, dice el proverbio, y cuando el hombre tiene que entregarse al trabajo mas asiduo para dar pan á su familia, cuando falta este mismo trabajo y no se encuentra este pan tan necesario, el amor se evapora y solo queda la miseria como una horrible realidad.

Cuando el hombre no tiene que pensar en su subsistencia, cuando disfruta una renta que basta á sus necesidades materiales, y no es extremadamente ambicioso, entonces el matrimonio por amor es el lazo que une las simpatías de dos almas: es la conjunción de dos ideas en un solo pensamiento, de dos corazones en un mismo sentir: es un cambio que hace el hombre de una vida tal vez de crápula y libertinaje que enerva las fuerzas, gasta la sensibilidad y destruye la organización, por los puros y tranquilos gozos domésticos.

Y si pasado algun tiempo se apaga la esferescencia de

la pasión, queda una buena y verdadera amistad, un aprecio y una mútua consideración; queda un socio para los intereses, un compañero para los sinsabores, un cuidadoso y tierno asistente para los padecimientos físicos: quedan los gozos paternos que hacen vibrar una de las cuerdas mas sensibles del corazón; la esperanza es un porvenir para el hijo que se ve nacer, y con cuyo llanto se llora, con cuya risa se rie.

Por eso el matrimonio por amor es preferible á todos; pero sin tocar en el extremo de la ofuscación: y aun cuando pueda asemejarme ya algo á Sancho Panza, diré que el proverbio *contigo pan y cebolla*, está ya muy en desuso, porque es un alimento demasiado indigesto para la mayor parte de los estómagos.

A. A. DE SOTOMAYOR.

LO NEGRO DE TUS OJOS.

Apenas tus ojos ví,
lleno de amor me sentí
con sus resplandores rojos,
y es que puro amor lei
en lo negro de tus ojos.

Desde entonces, á porfía
placere el alma ansia
y el vivir no le da enojos,
porque estaba su alegría
en lo negro de tus ojos.

Todo al corazón hoy place
y supeditado yace
á tus mas leves anteojos,
porque su ilusión renace
con lo negro de tus ojos.

Antes do quiera en natura
notaba luto y tristura
y en vez de flores abrojos,
y ahora la contemplo pura
en lo negro de tus ojos.

Frente á su fulgor amante
sufre del sol centellante
la luz eterna sonrojos,
que es aun mas viva y radiante
la que hay en tus negros ojos.

Solo con verla un finado
dejara el sepulcro helado
y sus inmundos despojos,
que no hay ser inanimado
ante el negro de tus ojos.

No estrañes, niña inocente
hallar la canción presente
llena de conceptos flojos,
que en mí no hay vida si ausente
estoy de tus negros ojos.

A. L. SABANDO.

MARGARITA.

I.

Para que mis pobres cuentos justifiquen su título de *color de cielo*, los escribo, alma mía, pensando en tus ojos.

¿Por qué no me es dado ya, como otras veces en días mas venturosos, pasar horas enteras de inefable dulzura sentado junto á tí y mirándome en ellos?

¡Ojalá que, al leer estas mis pobres historias de amores, viertan una lágrima ó se escape de entre tus labios un suspiro para el que llora lejos, muy lejos de tí!

La ausencia apena mi alma: la duda me atormenta: temo que me hayas olvidado, cuando quiero que sean míos todos tus pensamientos, todos los latidos de tu corazón.

Por eso te escribo mis cuentos azules, del color de cielo como tus ojos, pues al menos cuando los leas tendrás que acordarte de mí.

II.

¿Te acuerdas del lindo pueblecito de Santa Lucía? Allí te ví por vez primera. Por eso me complazco en hablar de él.

Colocado casi á las puertas de Cartagena, tiene á sus pies el Mediterráneo, que pasando bajo el muelle de Santiago, va mas lejos al centro de la bahía á besar humildemente las altivas murallas de la ciudad.

Era una tarde de verano. El sol se había ocultado ya en Occidente y se extendían sobre el firmamento las primeras sombras del crepúsculo.

¡Cuántas veces hemos gozado juntos del melancólico espectáculo que ofrece el sol poniente en el mar! Apenas se levantaba la brisa de la tarde, salía de Cartagena y en mí bote me dirigía hacia Santa Lucía. Desde lejos te veía esperándome en tu ventana, y cuando saltaba al muelle te apresurabas á venir á mi encuentro. Y luego desde la azotea ó en el bote contemplábamos esa solemne hora en que

el día cede su vez á la noche. ¡Cuántas veces entonces creía yo escuchar en las misteriosas armonías de los espacios, en los indefinibles murmullos del mar, en las suaves y tristes quejas de la brisa vespertina esas dos palabras impregnadas de dulcísima ternura, *te amo*, que tan solo resonaban en mi alma! Y cuando me era forzoso separarme de ti y volver á la ciudad en mi bote, tu blanco pañuelo me saludaba desde lejos, enviándome tal vez por el aire un dulce beso de tus labios.

Aquellos hermosos días pasaron.
¿Quién sabe si volverán?

III.

¿Te acuerdas de la casa de mi tío, pequeña pero cómoda, con su frente sobre el muelle, su patio entoldado, á cuyas cuatro columnas de mármol blanco se abrazaban cariñosamente otras tantas enredaderas cubiertas de flores, ya rojas, ya azules, ya blancas como la nieve, ya amarillas como el oro; y con su azotea, que por un lado dominaba el cercano jardín y por el opuesto el ancho y bien abrigado golfo?

Pues en esa azotea me hallaba yo en la tarde de que voy hablando.

Una goleta de blancas velas entraba en el puerto con coquetería, llevada por la brisa de la tarde, que la columpiaba mansamente y hacia que se inclinase como para mirarse en las ondas.

Poco á poco el cielo fué perdiendo la claridad del día, pero conservando su transparencia y diafanidad: las estrellas parecían asomarse al haz del firmamento, recamando con sus pálidos destellos el espléndido manto de la noche.

Al fin la luna apareció, y su luz argentada rieló en el mar, convirtiendo la bahía entera en un brillante espejo.

Y todo estaba en silencio. El mar dormía: el aura solo suspiraba de vez en cuando, y el ruido de la ciudad se apagaba en la distancia.

IV.

Mas de repente una dulcísima melodía llegó hasta mí. Eran los melancólicos sonidos de un arpa preludiando lánguidamente.

Después una voz unió su canto á los sonidos del arpa.

Al escucharla me estremecí. Porque aquella voz no solo resonaba en mi oído, sino que hacía vibrar las cuerdas mas sensibles de mi alma. Porque aquella voz era tu voz, tan amada por mí. ¿Cómo podría yo no conocerla?

Y sin embargo, era imposible que fueses tú la que cantaba.

Para no perder ni una sola de las modulaciones de aquella tan semejante á la tuya, hubiera querido hasta acallar los latidos de mi corazón, que palpitaba entonces violentamente en mi pecho.

Y la voz, con la dulce ternura, con el timbre puro, argentino y simpático de la tuya, murmuraba una melodía improvisada, sencilla, extraña, llena de contemplativa tristeza, como si quisiese espresar los indefinibles sentimientos que en aquel instante conmovían lo mas profundo de mi corazón.

Al terminar el canto y cuando el último acento de la voz se hubo apagado en el aire, brotaron aun del arpa algunos acordes que fueron haciéndose mas tristes y pianísimos, hasta que todo volvió al silencio.

Permanecí algunos momentos casi sin respirar, esperando que el canto volviera á dejarse oír. Pero en vano.

Después caí durante un largo rato en una extraña distracción. Al sacudir aquel entorpecimiento de mi espíritu, creí haber soñado. Pero el tema que la voz había modulado resonaba aun en mi alma y me impedía creer que todo había sido un sueño.

V.

Al día siguiente salí muy de mañana á caballo.

Iba preocupado y pensativo; pero aun en aquel mismo momento me hubiera sido muy difícil sino imposible el decir lo que pensaba, lo que causaba mi preocupación.

Y con extraña insistencia aquella melodía, escuchada en medio del solemne silencio de la noche resonaba sin cesar en mi oído; y el timbre de aquella voz tan idéntica á tu voz querida, no dejaba un momento de conmoverme, cual si aun estuviera oyéndola.

Había abandonado las riendas sobre el cuello de mi caballo, y dejaba que marchase por donde quisiera.

Era el amanecer. El campo estaba delicioso con el primer albor de la mañana, con el primer aroma de las flores que para saludar la venida del día ostentaban las perlas del rocío, con los primeros trinos de las aves que cantaban á la rosada aurora, y con el primer suspiro de las fuentes enamoradas al ver refrescarse en sus raudales los primeros rayos del sol.

Y sin embargo, apenas tenían mis ojos una mirada distraída para el sublime espectáculo que me ofrecía el despertar de la naturaleza.

VI.

De pronto vi á lo lejos sobre la yerba un objeto que llamó mi atención y despertó mi curiosidad, haciendo que desechara la preocupación que me dominaba.

Bajé en seguida del caballo, abandonándole á que paciera á la ventura, y me dirigí hacia donde se hallaba lo que había atraído mis miradas. Conforme iba aproximándome adquiría mas y mas la certeza de que no era otra cosa sino un sombrero de paja de anchas alas, adornado con cintas de terciopelo negro.

—Ese sombrero no ha venido solo hasta aquí, me dije á

mí mismo. Es un sombrero de muger, por consecuencia una muger debe haberlo traído. Ahora bien, estando allí el sombrero, la muger no debe hallarse lejos. Descubramos, pues, dónde está la muger.

Acerquéme aun mas al sitio en que el sombrero se hallaba, procurando cuidadosamente no hacer ruido alguno, y observando con atención los alrededores encontré lo que buscaba, y pude contemplar á mi sabor un cuadro delicioso.

No lejos del sombrero y sentada en un trozo de roca al pie de un árbol, hallábase una niña como de trece años. Entre las ramas del árbol cantaba alegremente un ruiseñor, y la niña levantaba de vez en cuando la cabeza y sonreía al pájaro, como para darle gracias por la serenata que la daba, ó para invitarle á que prosiguiera cantando.

Tenia sobre su falda un pequeño album, y en él dibujaba un grupo de árboles que enfrente tenía.

Hallábame yo colocado como á diez pasos de ella y á su espalda: de modo que solo podía ver su talle delicado, que su blanco vestido dibujaba, y su magnífica cabellera blonda de dorados reflejos.

Echado á sus pies se hallaba *Valor*, el hermoso perro de Terranova del general Lopez, cuya casa, como sabes, es la inmediata á la de mi tío, siendo su jardín el que cae bajo nuestra azotea. Por mucho cuidado que hubiera yo puesto en no hacer ruido, el inteligente animal debió oírme, y se puso en pié dando un ladrido.

Entonces la joven volvió hacia mí la cabeza.

Al verla de frente apenas pude contener un grito.

VII.

Aquellos ojos que atemorizados me miraban, eran tus mismos ojos tristes y asustadizos: su frente mate era idéntica á tu frente: sus cejas tenían la misma delicada y perfecta curva de las tuyas: su rostro era pálido como el tuyo; su nariz pequeña, su boca levemente sonrosada, su barba ligeramente pronunciada, como tu barba, tu boca y tu nariz: sus manos que sostenían el album y el lápiz tenían la misma diáfana blancura, y el suave modelado de las tuyas. Solo su cabellera, en vez del color oscuro de tus cabellos, era como he dicho, rubia como la de los ángeles del pintor de Urbino.

Eras tú misma, pero mas niña, mas rubia, mas ideal. Eras tú misma con la infantil candidez de tu mirada, con la pureza y el candor de tu sonrisa, con la palidez de tu rostro, con lo delicado de tus formas, con la sencillez de tu vestido.

Y yo no me cansaba de mirarla, haciéndome la ilusión de que en ella era á tí á quien veía.

VIII.

Valor al reconocermé, en vez de seguir ladrando, en dos saltos llegó hasta donde me hallaba, y se puso á lamerme amistosamente la mano y á saltar á mi alrededor con alegría.

Esto podía pasar con un poco de buena voluntad, por una presentación.

Así, pues, me acerqué á la joven y la saludé con respeto.

La dirigí en seguida algunas palabras indiferentes, y al contestarme su voz confirmó el presentimiento que al verla había sentido, pues su voz era la que había cantado la noche anterior, la que tanto se asemejaba á la tuya.

Y como antes no me cansaba de mirarla, ahora no me saciaba de escuchar su voz.

Pero bien pronto noté que mi presencia la importunaba, que la causaba yo no sé qué extraño temor por la hora y el sitio en que nos hallábamos, por la insistencia de mi mirada, por lo curioso de mis preguntas.

No quise molestarla mas, y haciendo un gran esfuerzo sobre mí mismo, me despedí, llamé á mi caballo acostumbrado á acudir á mi voz, hice una caricia á *Valor*, monté y me alejé lentamente, no sin volver repetidas veces la cabeza.

Al verme partir, la joven volvió á adquirir la tranquila sonrisa que tenía antes de mi llegada, y con su saludo pareció darme gracias porque me alejaba.

IX.

¿En qué pensé todo aquel día? En ella, sí, en ella, que no pude un momento alejar de mi memoria. En vano fué que procurase leer, pues en las páginas del libro me parecía ver su rostro lleno de palidez y melancolía. Me senté al piano, y maquinalmente, sin saber cómo, toqué el tema que su voz había cantado la noche anterior.

En cuanto llegó la tarde subí á la azotea. Vi aparecer una á una las estrellas, oí á lo lejos las canciones de los pescadores y los marineros. Pero ni un sonido del arpa, ni un solo acento de su voz llegaron hasta mí. Y la media noche me encontré en la azotea.

A la mañana siguiente, lo mismo que en los días inmediatos, fuí al sitio en que la había encontrado, y recorrí la campiña en todas direcciones. Todo inútilmente.

Y todas las noches esperaba tambien en vano oír su voz.

Por fin, me decidí á preguntar, y pude averiguar que la joven había marchado ya de Cartajena, después de pasar solamente dos días en casa del general Lopez, de quien su padre la acompañaba era muy amigo.

Pocos días después volví á Madrid.

Volví á dedicarme á mis estudios, á mis trabajos literarios; pero nunca podía desear de mí aquella imagen pura y tan parecida á tí, y muchas veces me admiré de ver que instintivamente tarareaba el canto que había entonado aquella voz tan idéntica á la tuya.

Y así pasaron algunos meses.

(Se concluirá.)

LAS HADAS Y SUS HECHIZOS.

CUENTOS ALEMANES POR HANS CHRISTIAN ANDERSEN.

CUENTO SEXTO.

EL TRAGE INVISIBLE.

Vivía, hace muchos años, un emperador tan amigo de estrenar vestidos, que en vestirse y acicalarse gastaba todas sus riquezas. Ni se dedicaba á la organización del ejército; ni le gustaban los teatros; ni siquiera le divertía el salir á pasear en coche, sino era para sacar á lucir sus trages nuevos. Tenía uno para cada hora del día, y del mismo modo que en otros países se dice «Su Magestad está en consejo de gabinete» en el suyo se decía: «Su Magestad se halla en el tocador.»

La populosa ciudad en que residía era muy alegre, é iban á ella numerosos extranjeros. Entre estos llegaron un día dos charlatanes muy ladinos, que se dieron por tejedores de profesión, y anunciaron que sabían tejer telas de una calidad y belleza jamás conocidas. No solo eran estas sorprendentes por su raros colores y su singular tejido, sino que además poseían la virtud de ser invisibles para los estúpidos y para los empleados ladrones ó ineptos.

—¡Escolente invención!—esclamó el emperador.—Si yo llevo á vestirme de esa tela, me será muy fácil conocer quiénes son los tontos de mi imperio, y cuáles los funcionarios indignos de sus empleos. Es preciso que esos dos extranjeros pongan al punto mano á la obra, y construyan la tela necesaria para hacerme un nuevo traje.

A este efecto hizo que se diese por adelantado á los dos perillanes una cuantiosa suma á cuenta de su trabajo.

Armaron ellos sus dos telares, y se sentaron á hacer como que emprendían su tarea, aunque nada había en ellos que trabajar. Iba y venía la lanzadera, aunque sin hebra alguna, y los dos tejedores se mostraban incesantes en su trabajo, lo mismo que si en realidad estuviesen tejiendo algo. Pidieron una nueva suma, para comprar seda de la mejor clase y magnífico hilo de oro, y á pesar de no haber comprado nada de esto siguieron hasta muy entrada la noche en la ficción de que tejían la prometida tela.

—Muchas ganas tengo de ir á ver si adelantan la obra,—dijo para sí el emperador,—y estaba ya por trasladarse á la sala de los telares, cuando recordó que los tontos y los inhábiles para su oficio no habían de poder ver el nuevo tejido, y aunque él no imaginaba, que lo de tonto ó inhábil pudiese tener que ver con él, consideró mas prudente enviar algun mensajero á que se informase del estado del nuevo artefacto.

Todos los habitantes de la ciudad habían oído hablar de la singular propiedad de aquel tejido, y cada uno de ellos estaba deseoso de saber cuán estúpido, ladrón, ó incapaz fuese su vecino.

—Enviaré,—pensó el emperador, á mi anciano secretario de Estado.—Es persona de gran criterio; nadie mejor que él podrá darme cuenta de esta rica tela: además que pocos habrá tan competentes como él para su oficio.

El buen ministro pasó, en virtud de la orden imperial, á la sala en donde tejían los dos impostores. Apenas hubo entrado en ella «¡Santo Dios!» exclamó para sí «¿Qué será esto? ¡Yo nada alcanzo á ver!» pero se guardó muy bien de confesar en alta voz lo que pensaba.

Los tejedores le hicieron que se acercase al telar y le preguntaron si encontraba ó no preciosa la tela, y sus colores estremadamente raros. El ministro clavó sus miradas en el telar vacío, y atónito, corrido, se preguntó á sí mismo con gran sigilo: «¿Será posible que sea yo estúpido? Confieso que lo ignoraba; pero á lo menos procuremos que nadie mas lo sepa.

Los operarios, viendo que no decía palabra, le repitieron su pregunta.

—¿Qué nos dice V. E. de este tejido?

—¡Oh! ¡magnífico! ¡indescriptible! ¡En forma y en color no se puede dar nada mas elegante! Así voy á decírselo á S. M. I.

—Nos alegraremos de que sea del gusto de V. E.,—le replicaron y siguieron hablando de los colores y calidades peculiares de su labor. Todo lo cual escuchaba el ministro atentamente para poder, siquiera de oídas, dar cuenta de ello al emperador, como en efecto se la dió.

Los dos truanes volvieron á pedir mas dinero para comprar mas seda y oro. El viejo secretario apoyó su pedido, y el emperador no titubeó en otorgarlo.

Este envió al día siguiente á otro gran estadista por saber algo mas de la obra, y para que se informase de cuando habria de estar terminada. Sucedióle al nuevo enviado ni mas ni menos de lo que le había acontecido al primero. Miró, remiró, y tornó á mirar pero no vió nada.

—¿Qué le parece á su señoría de nuestra labor?—preguntáronle los tejedores.

—¿Qué me ha de parecer, pecador de mí?—pensó en sus adentros el azorado funcionario.—Ni pizca veo de lo que me están enseñando; y sin embargo, no puede ser que yo sea tonto; pero es menester que nadie se imagine que lo soy, y así conviene no decir lo que me pasa.

En efecto, alabó el tejido; trató de enterarse de algunas de sus calidades, haciendo con maña algunas preguntas á los artesanos, y con lo poco que estos le dijeron fué á dar su informe al emperador, dando por realmente exquisita la fabricada tela.

No había ya nadie en la ciudad que no hablase del hermoso tejido, que se estaba acabando para el nuevo traje del emperador.

S. M. no pudo contener por mas largo tiempo su impaciencia, y se decidió á ir personalmente á examinar el traje que se le preparaba. Llegó al salon de los telares, acom-

pañado de gran séquito de cortesanos, entre ellos los dos altos personajes á quienes habia enviado antes de mensajeros. Los dos tejedores, apenas vieron llegar á la comitiva, se dieron á hacer mas que nunca como que tejian.

Los dos estadistas, dirigiéndose al emperador, y señalándole los telares, le dijeron: ¿No es cierto, Magestad, que este tejido es una obra soberbia?

—¡Cómo!—pensó entre sí el emperador.—Nada veo. ¿Si será que soy estúpido, ó acaso inepto para gobernar mi imperio? Esto sería una calamidad. Pero en todo caso, es preciso que mis súbditos lo ignoren.

Después de haber reflexionado así, exclamó en voz alta:

—¡Esto es magnífico, y le doy mi imperial aprobacion.

Ninguno de los circunstantes veia nada en el telar. Pero cada uno de ellos tenia sus razones para callar su ceguera, y como el emperador habia elogiado tanto el tejido, todos á una vez le hicieron eco repitiendo:

—¡Esto es magnífico!

Aconsejaron al emperador que estrenase su nuevo traje un día en que iba á celebrarse una gran procesion, y él dijo que así lo haria. Dió orden á los tejedores para que le tuviesen pronto su vestido para aquella ocasion, y en muestra de cuán satisfecho quedaba de su obra, les confirió el título de tejedores de la corte y sastres imperiales.

Estos, en la víspera del día señalado, se mantuvieron velando toda la noche. Dejaron las ventanas abiertas, y la gente les veia trabajar con grande aptitud. Hacian como que cortaban y cosian, hasta que al amanecer dieron por rematado y completo su trabajo.

Entró temprano el emperador al taller de los artesanos; los cuales le fueron desnudando, pieza por pieza, de todas las que llevaba, y después con mucha apariencia de verdad fingieron que le iban poniendo otras de la nueva tela de singular virtud. Ellos decian que le sentaban á las mil maravillas, y los cortesanos, por no dar á entender que nada veian, repetian lo mismo.

Por fin el emperador, tan completamente desnudo, como le parió su madre la difunta emperatriz, hubo de oír que exclamaban los dos truanes:

—¡Magestad! ¡nuestra obra está terminada, y nos jactamos de que jamás vuestra magestad ha llevado trage mas singular, ni de tela tan nunca vista!

Y era así, que nada veia el emperador, mas guardóse de confesarlo, y se contentó con decir:

—Lo que sí puedo asegurar es que jamás me habia yo sentido tan ligero.

Llevaronle luego al espejo, para que se cerciorase por sí mismo de la elegancia de su trage. El primer impulso de S. M. al contemplarse en una efigie tan natural, fué correr á buscar sus ropas, que estaban en un sofá vecino, para cubrirse con ellas. Pero acordóse al punto de que si así lo hacia descubriria su imbecilidad, ó su poca disposicion para gobernar, y se contuvo. No solo esto, sino que mirándose y contemplándose muy despacio en el espejo, iba exclamando:

—¡Bien! ¡muy bien! ¡Jamás me he puesto un trage mas á mi gusto!

Y los cortesanos repetian:

—¡Bien! ¡muy bien! ¡Jamás se ha puesto mas lindo trage S. M. el emperador!

Los lores chambelanes, cuyo oficio era llevar levantada la cola del manto durante la procesion, no veian estremidad alguna que coger; pero hicieron como que la cogian muy respetuosamente; y en ademán de ir sosteniendo el manto imperial, sostenian algo en el aire, por no confesar que lo invisible del trage hacia visible su estupidez.

En esta forma salió el emperador con su séquito, paseando debajo de un rico palio por todas las calles de la ciudad. El pueblo le contemplaba desde las puertas y ventanas, y no habia uno que no exclamase:

—¡Qué rica y elegantemente está vestido el emperador, y con qué gracia está cortada la cola de su manto imperial!—pues no habia quien quisiese pasar por estúpido ó ladrón á los ojos de su vecino.

—¡Pero, si no lleva nada encima! grito por fin un muchachuelo osado.

—¡Pero, si no lleva nada encima! repitió entonces la muchedumbre.

Esto hizo reflexionar un poco al emperador; el cual ya comenzaba á conocer que su trage era invisible, no solo para él, sino para muchos otros; pero pensó que la cosa habia ido muy adelante para retroceder, y que, así era mejor arrostrar lo crítico de la situacion, haciéndole frente con corazón magnánimo.

—¡Adelante!—dijo,—¡siga la procesion!

Y la procesion siguió, y tras de ella el emperador, y tras del emperador la cola del imaginario manto, sostenida por los dóciles cortesanos, hasta que, regresados todos á palacio, el emperador dijo que queria cambiar de trage, y reservar el nuevo para los días de gran gala.

EPÍGRAMA.

Una mañana temprano
vino Luis á visitarme
y empezó por alabarme
en lenguaje no muy llano;
mas yo viéndole venir,
porque comprendo sus mañas
dije para mí: te engañas,
que estoy para recibir.

J. GARCIA DE LA FOZ.

CARIBALDI Y SUS GLORIAS



El nombre del héroe de este libro es un nombre que corre de boca en boca y que se pronuncia con entusiasmo por cuantos aman la causa de la independencia de los pueblos.

La publicacion que ofrecemos al público, no se recomienda por nuestras palabras: se recomienda por la magia del nombre que va al frente de él, que es ya una gloria para la Italia, y una gloria tambien para los pueblos que amen la independencia.

BASES Y CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

Esta obra constará de 25 á 30 entregas y se publicará una ó dos cada semana al precio de UN REAL entrega, tanto en Madrid como en provincias.

Cada tres entregas repartimos una lámina litografiada á tintas de colores.—Con la primera entrega se regala un EXACTO RETRATO DE CUERPO ENTERO DE GARIBALDI.

Se suscribe en las principales librerías del reino, ó enviando á su editor, D. J. J. Martinez, calle del Arco de Santa María, 7, el importe de seis entregas en libranza de fácil cobro ó sellos de franqueo.

Por todo lo no firmado: R. DE MENDOZA.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

MADRID, 1860.—IMPRESA Y LITOGRAFIA DE D. JUAN JOSÉ MARTINEZ, calle del Arco de Santa Maria, núm. 7.